

El cuerpo de Cristo

“YO SÉ LOS PLANES QUE TENGO PARA USTEDES, PLANES PARA SU BIEN-ESTAR Y NO PARA SU MAL, A FIN DE DARLES UN FUTURO LLENO DE ESPERANZA. YO, EL SEÑOR, LO AFIRMO” (JER. 29:11).

Mi nombre es Liliana Escalante Baca. Mi madre conoció la verdad del sábado unos meses después de mi nacimiento, por medio de una campaña de evangelismo. Desde entonces, crecí dentro de la iglesia. Paseaba dentro de ella, cantaba con la hermandad, y participaba de las salidas y los campamentos. A los cuatro años llegué a la Iglesia Adventista Brasil, donde pasé todas las etapas de mi niñez, adolescencia y juventud. Aprendí a amar la obra y, sobre todo, a Dios.

A fines de 2007 empezaron a cambiar las cosas. Me indicaron que tenía un problema de salud y que debía usar medicación de por vida. Traté de hacer vida normal, aunque ya no era lo mismo. Seguí sirviendo hasta que llegó un momento en que ya no pude más y tuve que dejar mis actividades en el Ministerio Joven. ¡Cuántas veces lloré de dolor físico, de cansancio! Todo esto era a causa de los medicamentos, pero yo siempre sonreía. Pensé que caería en una gran tristeza y desesperación, pero, por la gracia de Dios, no fue así. Recordaba con mucha alegría todas las oportunidades que el Señor me había dado de participar en su iglesia.

Todo lo que hacemos depende de Dios. Debes agradecer porque puedes acostarte, dormir, levantarte, bañarte, vestirte, comer, trabajar, escribir, abrazar por ti mismo y sin dolor. Muchas veces no meditamos en ello, en esas bendiciones aparentemente pequeñas pero grandes; milagros que recibimos cada día.

Si bien mi salud me impone algunas limitaciones, me siento feliz de poder emplear mis dones en la obra de Dios. Actualmente soy secretaria de mi iglesia. Como yo, también puedes marcar la diferencia. No importa cuál sea tu limitación. Despues de todo, formamos parte del cuerpo de Cristo. Somos la boca, los brazos, las manos, las piernas y los pies de nuestro Dios.

“Dios ha confiado a los hombres talentos: un intelecto donde se originan las ideas, un corazón para que sea el asiento de su trono, los afectos para que fluyan como bendiciones para otros, una conciencia para que convenza de pecado. Cada uno ha recibido algo del Maestro, y cada uno debe hacer su parte para satisfacer las necesidades de la obra de Dios” (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 116).